EL DIFUNTO

Y OTROS CUENTOS



José María Eça de Queirós



EL DIFUNTO Y ORTOS CUENTOS JOSÉ MARÍA EÇA DE QUEIRÓS

José María Eça de Queirós

El difunto y otros cuentos



José María Eça de Queirós

Nació en Póvoa de Varzim, Portugal, en 1845. Considerado como el máximo realista portugués. Se licenció en Derecho en 1866 y publicó una serie de artículos en el diario la *Gazeta de Portugal.* En 1870 realizó un viaje a Egipto y a su regreso escribió una serie de artículos que posteriormente serían publicados en su libro póstumo *Notas contemporáneas* (1909).

Dentro de su narrativa se puede mencionar: *Misterio de la carretera de Sintra* (1870), que escribió en colaboración con su amigo Ramalho Ortigão y *El crimen del padre Amaro, El primo Basilio*, *El mandarín* y *Los Maia* (1875).

Su trayectoria se inscribe en el realismo posromántico, que busca generar conciencia social e ideas de justicia. Negaba "el arte por el arte", de allí su interés por el periodismo y la creación de obras satíricas como: *Las farpas* (1871).

Falleció en París en el año 1900.

El difunto y otros cuentos
José María Eça de Queirós

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: Yesabeth Kelina Muriel Guerrero
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

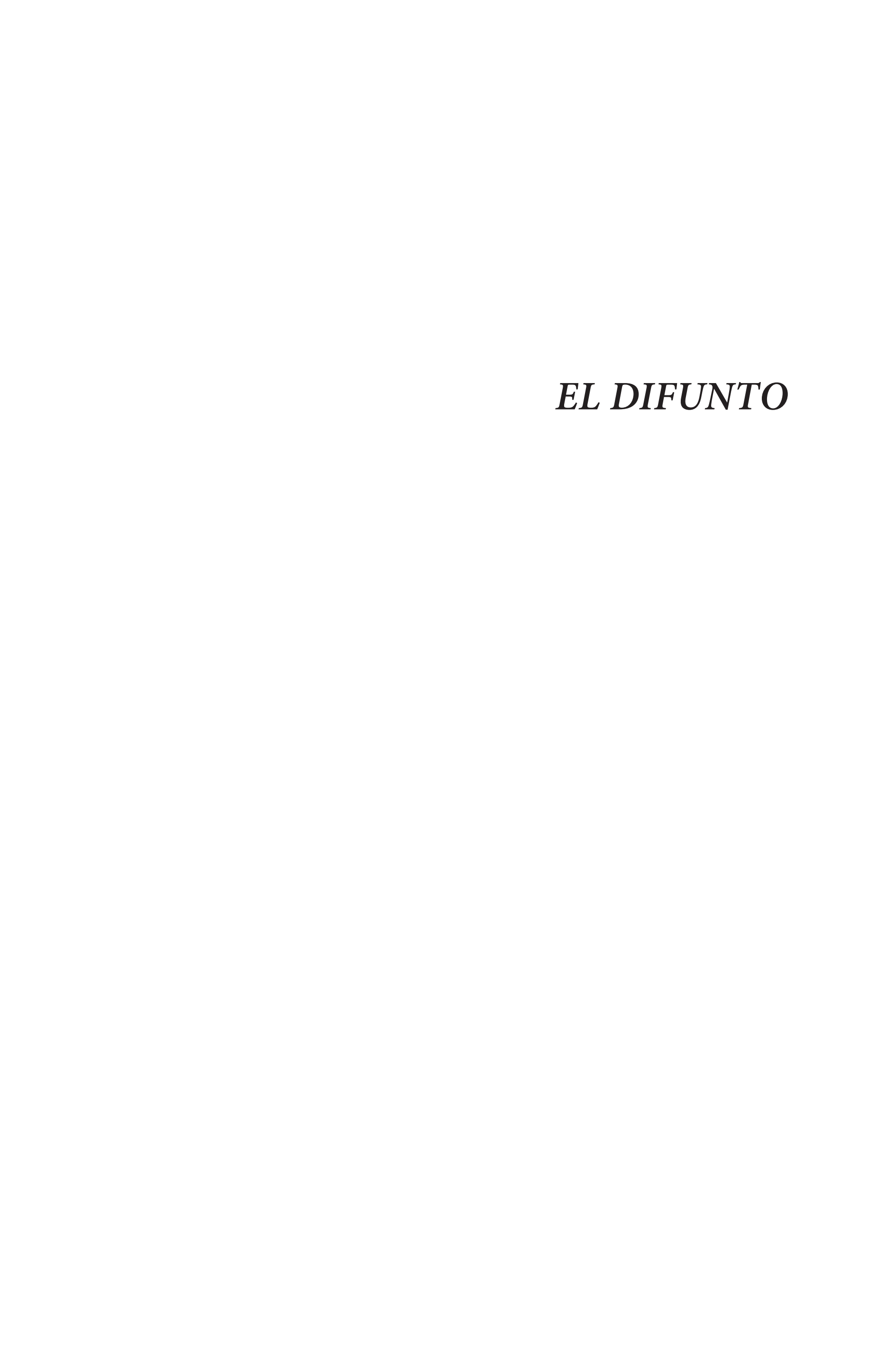
La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



EL DIFUNTO

I

En el año de 1474, que fue para toda la cristiandad tan abundante en mercedes divinas, reinando en Castilla el rey Enrique IV, vino a habitar en la ciudad de Segovia, en la que había heredado casonas y una huerta, un caballero mozo, de muy limpio linaje y gentil apariencia, que se llamaba don Ruy de Cárdenas.

Esa casa, que le había legado su tío, arcediano y maestro en cánones, quedaba al lado y en la sombra silenciosa de la iglesia de Nuestra Señora del Pilar; y, en frente, más allá del atrio, en donde cantaban los tres caños de una fuente antigua, estaba el oscuro y enrejado palacio de don Alonso de Lara, hidalgo de gran riqueza y maneras sombrías que, ya en edad madura, todo canoso, había desposado a una niña hablada en Castilla por su albura, cabellos color del sol claro, y cuello de garza real. Don Ruy había tenido por madrina, al nacer, a Nuestra Señora del Pilar, de la que siempre se conservó devoto y fiel servidor, aunque siendo de sangre brava y alegre, amaba las armas, la caza, los saraos bien galanteados e incluso a veces una noche ruidosa de taberna con dados

y jarras de vino. Por amor, y por las facilidades de esta santa vecindad, había tomado él la piadosa costumbre, desde su llegada a Segovia, de visitar todas las mañanas, a la hora de prima, a su divinal madrina y de pedirle, en tres avemarías, la bendición y la gracia.

Al oscurecer, incluso después de alguna intensa correría por campo y monte con lebreles o halcón, aún volvía para, a la salutación de vísperas, murmurar dulcemente una salve.

Y todos los domingos compraba en el atrio, a una ramilletera morisca, algún ramo de junquillos, o claveles, o rosas sencillas, que esparcía, con ternura y cuidado galante, frente al altar de la Virgen.

A esta venerada iglesia del Pilar venía también cada domingo doña Leonor, la tan hablada y hermosa mujer del señor de Lara, acompañada por un ama insolente, de ojos más abiertos y duros que los de una lechuza, y por dos imponentes lacayos que la ladeaban y guardaban como torres. Tan celoso era el señor don Alonso que solo por habérselo ordenado severamente su confesor, y con miedo de ofender a la Virgen, que era su vecina, permitía esta visita fugitiva, de la que él quedaba

espiando ansiosamente, entre las rejas de una celosía, los pasos y la tardanza. Todos los lentos días de la lenta semana los pasaba la señora doña Leonor en el encierro del enrejado solar de granito negro, no teniendo, para recrearse y respirar, incluso en las calmas del estío, más que un fondo de jardín verdinegro, cercado de tan altos muros que apenas se avistaba, emergiendo de ellos, aquí, allá, alguna punta de triste ciprés. Pero esa corta visita a Nuestra Señora del Pilar bastó para que don Ruy se enamorase de ella, locamente, en la mañana de mayo en que la vio de rodillas ante el altar, en un haz de sol, aureolada por sus cabellos de oro, con las largas pestañas pendidas sobre el Libro de Horas, el rosario cayendo entre sus dedos finos, fina toda ella y suave, y blanca, de una blancura de lirio abierto en la sombra, más blanca entre los encajes negros y los negros rasos; alrededor de su cuerpo lleno de gracia se quebraban, en duros pliegues, sobre las losas de la capilla, viejas laudas sepulcrales. Cuando después de un momento de arrobamiento y de delicioso pasmo se arrodilló, fue menos para la Virgen del Pilar, su divinal madrina, que para aquella aparición mortal, de quien no sabía el nombre ni la vida, y solo que por ella daría vida y nombre, si ella se rindiese por tan incierto precio. Balbuceando, con una prisa ingrata, las

tres avemarías con que cada mañana saludaba a María, cogió su sombrero, bajó levemente a la nave sonora y en el portal se quedó, esperando por ella entre los mendigos lazarosos que se espulgaban al sol. Pero, cuando al cabo de un tiempo en que don Ruy sintió en el corazón un desusado latir de ansiedad y de miedo, la señora doña Leonor pasó y se detuvo mojando los dedos en la pila de mármol del agua bendita, sus ojos, bajo la caída del velo, no se elevaron para él, o tímidos o desatentos. Con el ama de ojos muy abiertos pegados a sus vestidos, entre los dos lacayos, como entre dos torres, atravesó vigorosamente el atrio, piedra por piedra, gozando de cierto, como encarcelada, el desahogado aire y el libre sol que lo inundaban. Y fue un espanto para don Ruy cuando ella penetró en las sombras de la arquería, de gruesos pilares, sobre la que se asentaba el palacio, y desapareció por una puerta larguirucha recubierta de herrajes. Era, pues, esa la tan hablada doña Leonor, la linda y noble señora de Lara…

Entonces empezaron siete arrastrados días, que él gastó sentado en un poyo de su ventana, considerando aquella negra puerta recubierta de herrajes como si fuese la del Paraíso, y por ella debiese salir un ángel para

anunciarle la bienaventuranza. Hasta que llegó el lento domingo: y pasando él en el atrio, a la hora de prima, al repicar las campanas, con un ramo de claveles amarillos para su divinal madrina, cruzó doña Leonor, que salía de los pilares de la oscura arquería, blanca, dulce y pensativa, como una luna entre las nubes. Los claveles casi le caían en aquel gustoso alborozo en que el pecho le palpitó más que un mar, y el alma toda le huyó en un tumulto a través de la mirada con que la devoraba. Y ella levantó también los ojos hacia don Ruy, pero unos ojos reposados, unos ojos serenos, en los que no lucía curiosidad, ni incluso consciencia de estarse cruzando con otros, tan encendidos y ennegrecidos por el deseo. El mozo caballero no entró en la iglesia, con piadoso recelo de no prestar a su divinal madrina la atención que seguramente le robaría toda aquella que era solo humana, pero dueña ya de su corazón, y en él divinizada.

Esperó con impaciencia a la puerta, entre los mendigos, secando los claveles con el ardor de sus manos trémulas, pensando lo demorado que era el rosario que ella rezaba. Todavía doña Leonor bajaba la nave y ya él sentía dentro del alma el dulce rugir de las sedas fuertes que arrastraba sobre las losas. La blanca señora pasó, pero

la misma mirada distraída, desatenta y tranquila, que dedicó a los mendigos y al atrio, la dejó resbalar sobre él o porque no comprendiese a aquel mozo que de repente se había quedado tan pálido, o porque no lo diferenciaba todavía de las cosas y de las formas indiferentes, don Ruy se fue, con un hondo suspiro; y, en su cuarto, puso devotamente ante la imagen de la Virgen las flores que no había ofrecido, en la iglesia, ante su altar. Toda su vida se convirtió entonces en un largo quejido por sentir tan fría e inhumana a aquella mujer, única entre las mujeres, que había cautivado y vuelto tan serio su corazón ligero y errante. En una esperanza, de la que preveía el desengaño, empezó a rondar los muros altos del jardín, o embozado en una capa, con el hombro contra una esquina, lentas horas se quedaba contemplando las rejas de las celosías, negras y gruesas como las de una cárcel. Los muros no se abrían, de las rejas no salía siquiera un rastro de luz prometedora. Todo el solar era como una tumba en la que yacía una insensible y por detrás de las frías piedras había además un frío pecho. Para desahogarse compuso, con piadoso cuidado en noches de vela, sobre el pergamino, trovas gimientes que no lo desahogaban. Ante el altar de la Virgen del Pilar, sobre las mismas losas donde la había visto arrodillada, posaba él las rodillas, y se quedaba,

sin palabras de oración, en un cavilar amargo y dulce, esperando que su corazón se serenase y se consolase bajo la influencia de aquella que todo lo consuela y serena. Pero siempre se levantaba más desdichado y apenas con la sensación de lo frías y rígidas que eran las piedras en que se arrodillaba. El mundo entero solo le parecía contener rigidez y frialdad.

Otras claras mañanas de domingo encontró a doña Leonor: y siempre sus ojos permanecían descuidados y como olvidados, o cuando se cruzaban con los suyos era tan sencillamente, tan limpios de toda emoción, que don Ruy los preferiría ofendidos y chispeando de ira, u orgullosamente desviados con soberbio desdén. Seguramente doña Leonor ya lo conocía, pero, así, conocía también a la ramilletera morisca agachada ante su cesto al borde de la fuente, o a los pobres que se espulgaban al sol ante el portal de la Virgen. Ni don Ruy ya podía pensar que ella fuese inhumana y fría. Era apenas soberanamente remota, como una estrella que en las alturas gira y refulge, sin saber que, abajo, en un mundo que ella no distingue, ojos que ella no sospecha la contemplan, la adoran y le entregan el gobierno de su ventura y suerte.

Entonces don Ruy pensó: «¡Ella no quiere, yo no puedo: fue un sueño que acabó, y Nuestra Señora a ambos nos tenga en su gracia!».

Y como era caballero muy discreto, desde que la conoció así inconmovible en su indiferencia, no la buscó, ni siquiera levantó más los ojos hacia las rejas de sus ventanas, y hasta dejó de entrar en la iglesia de Nuestra Señora cuando casualmente, desde el portal, la veía arrodillada, con su cabeza, tan llena de gracejo y de oro, pendida sobre el Libro de Horas.

II

La vieja ama, con los ojos más abiertos y duros que los de una lechuza, no había tardado en contar al señor de Lara que un mozo audaz, de gentil presencia, nuevo morador en las viejas casas del arcediano, constantemente se atravesaba en el atrio y se apostaba delante de la iglesia para arrojar el corazón por los ojos a la señora doña Leonor. Bien amargamente lo sabía ya el celoso hidalgo, porque cuando desde su ventana espiaba, como un halcón, a la airosa señora camino de la iglesia, había observado los giros, las esperas, las miradas como dardos de aquel mozo galante, y se había estirado las barbas del furor. Desde entonces, en realidad, su más intensa ocupación era odiar a don Ruy, el impúdico sobrino del canónigo, que osaba levantar su bajo deseo hasta la alta señora de Lara. Constantemente ahora lo traía vigilado por un criado, y conocía todos sus pasos y lugares, los amigos con quienes cazaba u holgaba, y hasta quién le cortaba los jubones, y hasta quién le pulía la espada, y cada hora de su vivir. Y más ansiosamente todavía vigilaba a doña Leonor, cada uno de sus movimientos, los más fugitivos modos, los silencios y el conversar con

las amas, las distracciones sobre el bordado, la forma de ensimismarse sobre los árboles del jardín, y el aire y el color con que se recogía de la iglesia… Pero tan inalteradamente serena, en su sosiego de corazón, se mostraba la señora doña Leonor, que ni los celos más imaginadores de culpas podrían hallar manchas en aquella pura nieve. Redobladamente áspero se volvía entonces el rencor de don Alonso contra el sobrino del canónigo, por haber apetecido aquella pureza, y aquellos cabellos del color del sol claro, y aquel cuello de garza real, que eran solo suyos, para espléndido gusto de su vida. Y cuando paseaba en la sombría galería del solar, sonora y toda abovedada, envuelto en su zamarra orlada de pieles, con la punta de la barba grisácea apuntando hacia delante, la greña crespa erizada hacia atrás y los puños cerrados, era siempre rumiando la misma hiel:

—Atentó contra su virtud, atentó contra mi honor… ¡Es culpable de dos culpas y merece dos muertes!

Pero su furor casi se mezcló con terror cuando supo que don Ruy ya no esperaba en el atrio a la señora doña Leonor, ni rondaba amorosamente los muros del palacete, ni entraba en la iglesia cuando ella rezaba, los domingos;

y que tan enteramente se alejaba de ella que una mañana, estando junto a la arquería, y sintiendo bien el rechinar y abrir de la puerta por donde la señora iba a aparecer, había permanecido de espaldas, sin moverse, riéndose con un caballero gordo que le leía un pergamino.

«¡Tan bien afectada indiferencia solo servía, seguro —pensó don Alonso—, para esconder alguna atrevida intención! ¿Qué urdía él, el diestro engañador?». Todo en el desabrido hidalgo se exacerbó: celos, rencor, vigilancia, pesar por su edad grisácea y fea. En el sosiego de doña Leonor sospechó maña y fingimiento, e inmediatamente le prohibió las visitas a la Virgen del Pilar.

En las mañanas acostumbradas corría él a la iglesia para rezar el rosario, llevando las disculpas de doña Leonor. «Que no puede venir», murmuraba curvado ante el altar «¡Por lo que sabes, Virgen Purísima!». Cuidadosamente visitó y reforzó todos los negros cerrojos de las puertas de su casa solariega.

De noche soltaba dos negros mastines en las sombras del jardín amurallado.

A la cabecera del amplio lecho, junto a la mesa en donde quedaba la lámpara, un relicario y el vaso de vino caliente con canela y clavo para robustecerle las fuerzas, lucía siempre una espada desnuda. Pero, con tantas seguridades, apenas dormía, y a cada instante se alzaba en sobresalto entre las hondas almohadas, agarrando a doña Leonor con mano bruta y ávida, que le pisaba el cuello, para rugir muy bajo, en un ansia: «¡Dime que me quieres solo a mí…!». Después, con la alborada, se encumbraba, acechando, como un halcón, las ventanas de don Ruy. Nunca lo veía, ahora, ni a la puerta de la iglesia a la hora de misa, ni regresando del campo, a caballo, al toque de las avemarías.

Y por sentirlo así, desaparecido de los lugares y vueltas acostumbrados, es por lo que más lo sospechaba dentro del corazón de doña Leonor.

Por fin, una noche, después de mucho pisar el enlosado de la galería, rumiando sordamente desconfianzas y odios, llamó a gritos al intendente y ordenó que se preparasen envoltorios y cabalgaduras. Temprano, de madrugada, partiría, con la señora doña Leonor, para su heredad de Cabril, a dos leguas de Segovia. La partida

no fue de madrugada, como una fuga de avariento que va a esconder lejos su tesoro, sino realizada con aparato y demora, quedando la litera ante la arquería, esperando largas horas, con las cortinas abiertas, mientras un caballerizo paseaba por el atrio la mula blanca del hidalgo, enjaezada a la morisca, y, al lado del jardín, la recua de machos cargados de baúles, sujetos a las argollas, bajo el sol y las moscas, aturdía la callejuela con el tintineo de sus cascabeles. Así don Ruy supo de la jornada del señor de Lara, y así lo supo toda la ciudad.

Fue un gran contentamiento para doña Leonor, a la que le gustaba Cabril, sus lozanos pomares, sus jardines, a los que se abrían, rasgadamente y sin rejas, las ventanas de sus aposentos claros: ahí por lo menos tenía abundante aire, pleno sol, macetas para regar, un vivero de pájaros, y tan largos paseos de laurel y tejo que eran casi la libertad. Y también esperaba que en el campo se aliviasen aquellos cuidados que traían, en los últimos tiempos, tan arrugado y taciturno a su marido y señor. Pero no logró esta esperanza, que al cabo de una semana todavía no se había despejado el rostro de don Alonso, ni por lo demás había frescura en las arboledas, susurros en las aguas corrientes, o aromas esparcidos en los rosales en

flor, que calmasen agitación tan amarga y honda. Como en Segovia, en la galería sonora de la gran bóveda, sin descanso pasaba, enterrado en su zamarra, con la punta de la barba clavada hacia delante, la greña espesa erizada hacia atrás, y un gesto de apretar los labios, silenciosa y coléricamente, como si meditase maldades de las que gozase de antemano el sabor agrio. Y todo el interés de su vida se concentraba en un criado que constantemente galopaba entre Segovia y Cabril, al que a veces esperaba al principio de la aldea, quedándose para escuchar al hombre que se desmontaba, jadeante, e inmediatamente le daba nuevas apresuradas.

Una noche en la que doña Leonor, en su cuarto, rezaba el rosario con las amas, a la luz de una antorcha de cera, el señor de Lara entró muy despacio, trayendo en la mano una hoja de pergamino y una pluma mojada en su tintero de hueso. Con un rudo gesto despidió a las amas, que lo temían como a un lobo. Y, empujando un escabel más cerca de la mesa, volviendo hacia doña Leonor el rostro al que había impuesto tranquilidad y agrado, como si apenas viniese por cosas naturales y fáciles:

—Señora, quiero que me escribas aquí una carta que mucho me conviene escribir…

Tan acostumbrada era en ella la sumisión que, sin otro reparo o curiosidad, yendo tan solo a colgar en la barra del lecho el rosario con el que había rezado, se acomodó sobre el escabel, y sus dedos finos, con mucha aplicación, para que la letra fuese esmerada y clara, trazaron la primera línea corta que el señor de Lara dictara, y era:

«Mi caballero…». Pero cuando él dictó la otra, más larga, de un modo amargo, doña Leonor arrojó la pluma, como si la pluma quemase, y, retrocediendo de la mesa, gritó, con gran aflicción:

—Señor, ¿para qué conviene que yo escriba tales cosas y tan falsas?…

En un brusco furor, el señor de Lara arrancó del cinto un puñal, que le agitó junto al rostro, rugiendo sordamente:

—¡O escribes lo que te mando y que a mí me conviene, o, por Dios, que te atravieso el corazón!…

Más blanca que la cera de la antorcha que los alumbraba, sintiendo escalofríos ante aquel hierro que

brillaba, en un temblor supremo que todo lo aceptaba, doña Leonor murmuró:

—¡Por la Virgen María, no me hagas daño!… Ni te enojes, señor, que yo vivo para obedecerte y servirte… Ahora, ordena, que yo escribiré.

Entonces, con los puños cerrados en los bordes de la mesa, en donde había posado el puñal, machacando a la frágil y desdichada mujer bajo la mirada dura que la fusilaba, el señor de Lara dictó, lanzó roncamente, a pedazos, a empellones, una carta que decía, cuando estaba acabada con letra bien incierta y trémula: «Mi caballero: Muy mal has comprendido, o muy mal pagas el amor que te tengo, y que nunca te pude, en Segovia, mostrar claramente… Ahora aquí estoy, en Cabril, ardiendo por verte; y si tu deseo corresponde al mío, bien fácilmente lo puedes realizar, pues mi marido se halla ausente en otra heredad, y esta de Cabril es fácil y abierta. Ven esta noche, entra por la puerta del jardín, al lado de la vereda, pasando el estanque, hasta la terraza. Allí verás una escalera apoyada en una ventana de la casa, que es la ventana de mi cuarto, en el que serás muy dulcemente agasajado por quien ansiosamente te espera…».

—¡Ahora, señora, firma debajo con tu nombre, que eso sobre todo conviene!

Doña Leonor trazó lentamente su nombre, tan roja como si la desnudasen delante de una multitud.

—¡Y ahora —ordenó el marido más sordamente, a través de los dientes cerrados— dirígela a don Ruy de Cárdenas!

Ella osó levantar los ojos, ante la sorpresa de aquel nombre desconocido.

—¡Venga! ¡A don Ruy de Cárdenas! —gritó el hombre sombrío. Y ella dirigió su deshonesta carta a don Ruy de Cárdenas.

Don Alonso metió el pergamino en el cinto, junto al puñal que había envainado, y salió en silencio con la barba apuntada, ahogando un rumor de pasos en las losas del corredor.

Ella se había quedado sobre el escabel, las manos cansadas y caídas sobre el regazo, con un espanto infinito, la mirada perdida en la oscuridad de la noche silente.

¡Menos oscura le parecía la noche que esa oscura aventura en la que se sentía envuelta y llevada! ¿Quién era ese don Ruy de Cárdenas, del que nunca había oído, que nunca se había atravesado en su vida, tan quieta, tan poco poblada de memorias y de hombres? Él seguramente la conocía, la había encontrado, la había seguido al menos con los ojos, pues era cosa natural y bien fundada recibir de ella carta de tanta pasión y promesa…

¿Así, un hombre, y mozo de cierto bien nacido, tal vez gentil, entraba en su destino bruscamente, traído por la mano de su marido? ¿Tan íntimamente se había entrañado ese hombre en su vida, sin que ella se apercibiese, que ya para él se abría de noche la puerta de su jardín, y contra su ventana, para que él subiese, se preparaba de noche una escalera? Y era su marido el que muy secretamente abría la puerta de par en par, y muy secretamente levantaba la escalera… ¿Para qué?

Entonces, de repente, doña Leonor comprendió la verdad, que le arrancó un grito ansioso y mal sofocado. ¡Era una trampa! ¡El señor de Lara atraía a Cabril a ese don Ruy con una promesa magnífica, para apoderarse de él, seguramente matarlo, indefenso y solitario! Y ella, su

amor, su cuerpo, eran las promesas que se hacían brillar ante los ojos seducidos del desventurado mozo. ¡Así su marido usaba su belleza, su lecho, como la red de oro en la que debía caer aquella presa atolondrada!

¿Dónde habría mayor ofensa? ¡Y también cuánta imprudencia! ¡Bien podría ese don Ruy de Cárdenas desconfiar, no acceder a invitación tan abiertamente amorosa, y después mostrar por toda Segovia, riéndose y triunfante, aquella carta en la que le ofrecía su lecho y su cuerpo la mujer de Alonso de Lara! ¡Pero no! ¡El desventurado correría a Cabril, y para morir, miserablemente morir en el negro silencio de la noche, sin sacerdote, ni sacramentos, con el alma encharcada en pecado de amor! Para morir, seguramente, porque nunca el señor de Lara permitiría que viviese el hombre que recibiera tal carta. ¡Así, aquel mozo moría por su amor, y por un amor que, sin darle nunca un gusto, le daba enseguida la muerte! Seguro que por amor de ella, pues era tal el odio del señor de Lara, odio que, con tanta deslealtad y villanía, se cebaba, que solo podía nacer de celos, que le oscurecían todo deber de caballero y de cristiano. Sin duda, él había sorprendido miradas, pasos,

intenciones de este señor don Ruy, mal prevenido por bien enamorado.

¿Pero cómo? ¿Cuándo? Confusamente se acordaba de un mozo que un domingo se había cruzado con ella en el atrio, la había esperado en el portal de la iglesia, con un ramo de claveles en la mano… ¿Sería ese? Era de noble apariencia, muy pálido, con grandes ojos negros y calientes. Ella había pasado, ni había pensado… Los claveles que sujetaba en la mano eran rojos y amarillos… ¿A quién se los llevaba?…

¡Ah! ¡Si lo pudiese avisar, bien temprano, de madrugada!

¿Cómo, si no había en Cabril criado o ama de quien se fiase? ¡Pero dejar que una bruta espada atravesase traicioneramente aquel corazón, que venía lleno de ella, palpitando por ella, todo con la esperanza de ella!…

¡Oh! ¡La desabrida y ardiente correría de don Ruy, desde Segovia a Cabril, con la promesa del encantador jardín abierto, de la escalera colocada contra la ventana, bajo la mudez y protección de la noche! ¿Mandaría realmente el señor de Lara apoyar una escalera a la ventana? De

cierto, para poderlo matar con más facilidad, pobre, y dulce, e inocente mozo, cuando él subiese, poco seguro sobre un frágil peldaño, las manos impedidas, la espada durmiendo en la vaina… ¡Y así, la otra noche, ante su lecho, su ventana estaría abierta, y una escalera levantada contra su ventana esperando un hombre! Emboscado en la sombra del cuarto, su marido seguramente mataría a ese hombre…

Pero, ¿y si el señor de Lara esperase fuera de los muros de la finca, asaltase brutalmente, en algún sendero, a aquel don Ruy de Cárdenas, y, o por menos diestro, o por menos fuerte, en un terciar de armas, cayese él traspasado, sin que el otro conociese a quién había matado? Y ella, allí, en su cuarto, sin saberlo, y todas las puertas abiertas, y la escalera levantada, y aquel hombre asomado a la ventana en la sombra suave de la noche tibia, y el marido que la debía defender muerto al fondo de un sendero… ¿Qué haría ella, madre mía? ¡Oh! Seguro que repelería, soberbiamente, al joven temerario. ¡Pero su espanto y la cólera de su deseo engañado! «¡He venido llamado por usted, señora!». Y allí traía, sobre el corazón, la carta de ella, con su nombre, trazado por su mano. ¿Cómo le podría contar la emboscada y el dolo? Era tan largo de

contar, en aquel silencio y soledad de la noche, mientras los ojos de él, húmedos y negros, le estuviesen suplicando y la estuviesen traspasando…

¡Desgraciada ella si el señor de Lara muriese, la dejase solitaria, sin defensa, en aquella vasta casa abierta! Pero qué desgraciada también si aquel mozo, llamado por ella, y que la amaba, y que por ese amor venía corriendo deslumbrado, encontrase la muerte en el sitio de su esperanza, que era el sitio de su pecado, y, muerto en pleno pecado, rodase hacia la eterna desesperanza… Veinticinco años, él, si era el mismo de quien se acordaba, pálido y tan airoso, con un jubón de velludo cárdeno y un ramo de claveles en la mano, a la puerta de la iglesia, en Segovia…

Dos lágrimas saltaron de los cansados ojos de doña Leonor. Y doblando las rodillas, levantando su alma toda hacia el cielo, en donde la luna se empezaba a levantar, murmuró, en un infinito dolor y fe:

—¡Oh! ¡Santa Virgen del Pilar, señora mía, vela por nosotros, vela por todos nosotros!

III

Don Ruy entraba, a la hora de la calma, en el fresco patio de su casa, cuando de un banco de piedra, en la sombra, se levantó un mozo del campo, que sacando de dentro del zurrón una carta, se la entregó, murmurando:

—Señor, date prisa en leer, que tengo que volver a Cabril, a quien me mandó: —Don Ruy abrió el pergamino; y, en el deslumbramiento que lo tomó, se golpeó con él contra el pecho, como para enterrarlo en el corazón…

El mozo del campo insistía, inquieto:

—¡Dese prisa, señor, dese prisa! No necesita contestar. Solo con que me dé una señal de haber venido el recado…

Muy pálido, don Ruy arrancó uno de los guantes bordados en torzal de seda, que el mozo enrolló y guardó en el zurrón. Y partía en la punta de las alpargatas leves. Con un gesto, don Ruy todavía lo detuvo:

—Escucha, ¿qué camino tomas tú para Cabril?

—El más corto y solo para gente osada, que es por el Cerro de los Ahorcados.

—Está bien.

Don Ruy saltó las escaleras de piedra, y en su aposento, incluso sin quitarse el sombrero, de nuevo leyó junto a la celosía aquel pergamino divinal, en el que doña Leonor lo llamaba de noche a su cuarto, a la posesión entera de su ser. Y no lo había maravillado este ofrecimiento, después de una tan constante, imperturbada indiferencia. Por el contrario, percibió en ella un amor muy astuto, por ser muy fuerte, que, con gran paciencia, se esconde ante los estorbos y los peligros, y mudamente prepara su hora de contentamiento, mejor y más deliciosa por tan preparada. Ella siempre lo había amado, pues, desde la mañana bendita en que sus ojos se habían cruzado en el portal de Nuestra Señora. Y mientras él rondaba aquellos muros del jardín, maldiciendo una frialdad que le parecía más fría que la de los fríos muros, ya ella le había dado su alma, y, llena de constancia, con amorosa sagacidad, sofocando el menor suspiro, adormeciendo desconfianzas, preparaba la noche radiante en que le daría también su cuerpo.

¡Tanta firmeza, tan fino ingenio en las cosas del amor, todavía la hacían más bella y apetecible!

¡Con qué impaciencia miraba entonces el sol, con tan poca prisa esa tarde en bajar hacia los montes! Sin reposo, en su cuarto, con las celosías cerradas para concentrar mejor su felicidad, todo apuntaba amorosamente a la triunfal jornada: las finas ropas, los finos encajes, un jubón de velludo negro y las esencias perfumadas. Dos veces bajó a la caballeriza a comprobar si su caballo estaba bien herrado y bien holgado. Sobre el pavimento, doblegó y volvió a doblegar, para comprobarla, la hoja de la espada que llevaría a la cintura… Pero su mayor cuidado era el camino para Cabril, a pesar de conocerlo bien, y la aldea apiñada en torno al monasterio franciscano, y el viejo puente romano con su Calvario, y la vereda honda que llevaba a la heredad del señor de Lara. Todavía ese invierno había pasado por allí, yendo a montar con dos amigos de Astorga, y había divisado la torre de los Lara, pensando: «¡He ahí la torre de mi ingrata!». ¡Cómo se equivocaba! Las noches ahora eran de luna, y él saldría de Segovia calladamente, por la puerta de San Mauro. Un galope corto lo pondría en el cerro de los Ahorcados… Bien lo conocía también, ese sitio de tristeza y pavor,

con sus cuatro pilares de piedra, en donde se ahorcaba a los criminales, y donde quedaban, balanceándose al viento, resecos al sol, hasta que las cuerdas se pudriesen y las osamentas cayesen, blancas y limpias de la carne por el pico de los cuervos. Por detrás del cerro estaba la laguna de las Dueñas. La última vez que por allí anduvo, fue el día del apóstol san Matías, cuando el corregidor y las cofradías de caridad y paz, en procesión, iban a dar sepultura a las osamentas caídas en el suelo negro, descarnadas por las aves. De ahí el camino, después, seguía liso para Cabril.

Así don Ruy meditaba su jornada venturosa, mientras la tarde iba cayendo. Después, cuando oscureció, y alrededor de las torres de la iglesia empezaron a revolotear los murciélagos, y en las esquinas del atrio se encendieron los nichos de las almas, el valiente joven sintió un miedo extraño, el miedo de aquella felicidad que se acercaba y que le parecía sobrenatural. ¿Era, pues, cierto, que esa mujer de divina hermosura, famosa en Castilla, y más inaccesible que un astro, sería suya, toda suya, en el silencio y seguridad de la alcoba, dentro de breves instantes, cuando todavía no se hubiesen apagado ante los retablos de las almas aquellos fuegos devotos? ¿Y

qué había hecho para lograr tanto bien? Había pisado las losas del atrio, había esperado en el portal de la iglesia, buscando con los ojos otros dos ojos, que no se elevaban, indiferentes o desatentos. Entonces, sin dolor, había abandonado su esperanza… Y he aquí que de repente aquellos ojos distraídos lo buscan, y aquellos brazos cerrados se le abren, largos y desnudos, y con el cuerpo y con el alma aquella mujer le grita:

«¡Oh mal avisado, que no me has entendido! ¡Ven! ¡Quien te desanimó ya te pertenece!». ¿Habría jamás igual ventura? ¡Tan alta, tan rara, que seguramente detrás de ella, si no yerra la ley humana, ya debía caminar la desventura! ¡Ya de verdad caminaba, pues cuánta desventura al saber que después de tal ventura, cuando de madrugada, saliendo de los divinos brazos, él se recogiese en Segovia, su Leonor, el bien sublime de su vida, tan inesperadamente adquirido por un instante, recaería enseguida bajo el poder de otro amo!

¡Qué importaba! ¡Viniesen después dolores y celos! ¡Aquella noche era espléndidamente suya, el mundo toda una apariencia vana, y la única realidad ese cuarto de Cabril, mal alumbrado, en donde ella lo esperaría,

con la cabellera suelta! Con ansiedad bajó la escalera, se lanzó sobre su caballo. Después, por prudencia, atravesó el atrio muy lentamente, con el sombrero bien levantado del rostro, como en un paseo natural, buscando fuera de los muros el frescor de la noche. Ningún encuentro lo inquietó hasta la puerta de San Mauro. Allí, un mendigo, agachado en la oscuridad de un arco, y que tocaba monótonamente su zampoña, pidió, en un lamento, a la Virgen y a todos los santos, que llevasen a aquel gentil caballero en su dulce y santa guarda. Don Ruy se había parado para darle una limosna, cuando se acordó de que esa tarde no había ido a la iglesia, a la hora de vísperas, a rezar y a pedir la bendición de su divinal madrina. Con un salto, se bajó enseguida del caballo; porque justamente, junto al viejo arco, centelleaba una lámpara alumbrando el retablo. Era una imagen de la Virgen con el pecho traspasado por siete espadas. Don Ruy se arrodilló, posó el sombrero en las losas y, con las manos levantadas, muy celosamente, rezó una salve. La claridad amarilla de la luz envolvía el rostro de Nuestra Señora, que, sin sentir el dolor de los siete hierros, o como si le diesen solo inefables gozos, sonreía con los labios muy encarnados. Mientras él rezaba, en el convento de Santo Domingo, al lado, la campanilla empezó a tocar a agonía.

De la sombra negra del arco, cesando la zampoña, el mendigo murmuró: «¡Un fraile se está muriendo!». Don Ruy rezó un avemaría por el fraile que moría. La Virgen de las siete espadas sonreía dulcemente: ¡El toque de agonía no era, pues, de mal presagio! Don Ruy cabalgó alegremente y partió.

Más allá de la puerta de San Mauro, después de algunas casuchas de alfareros, el camino seguía, alargado y negro, entre altas pitas. Por detrás de las colinas, al fondo de la planicie oscura, subía el primer resplandor, amarillo y lánguido, de la luna llena, aún escondida. Y don Ruy marchaba a paso, con recelo de llegar a Cabril muy temprano, antes de que las amas y mozos acabasen la velada y el rosario. ¿Por qué le marcaba doña Leonor la hora en aquella carta tan clara y tan pensada?… Entonces su imaginación se adelantaba, rompía por el jardín de Cabril, trepaba aladamente la escalera prometida, y él se quedaba también atrás, en una carrera anhelante, que arrancaba las piedras del camino mal junto. Después sofrenaba el caballo jadeante.

¡Era temprano, era temprano! Y retomaba el paso penoso, sintiendo el corazón contra el pecho, como ave presa que se golpea contra las rejas.

Así llegó al cruce, en donde el camino se dividía en dos, más juntos que las puntas de una horquilla, ambas cortando a través del pinar. Descubierto ante la imagen crucificada, don Ruy tuvo un instante de angustia, pues no recordaba cuál de ellas llevaba al cerro de los Ahorcados. Ya se había metido entre las breñas de la más cerrada, cuando, entre los pinos callados, una luz surgió, danzando en lo oscuro. Era una vieja en harapos, con las largas melenas sueltas, doblada sobre un bordón y llevando una candela.

—¿Para dónde va este camino? —gritó don Ruy.

La vieja balanceó más alto la candela, para mirar al caballero.

—Para Jarama.

Y luz y vieja inmediatamente se sumieron, hundidas en la sombra, como si allí hubiesen surgido solamente para avisar al caballero de su camino equivocado… Ya él había dado la vuelta arrebatadamente; y, rodeando el Calvario, galopó por el otro camino más ancho, hasta divisar, bajo la claridad del cielo, los pilares negros, los maderos negros del cerro de los Ahorcados. Entonces se

quedó perplejo, rígido en los estribos. En un collado alto, seco, sin hierba o brezo, unidos por un muro bajo, todo agrietado, allí se erguían, negros, enormes, bajo la palidez de la luna, los cuatro pilares de granito semejantes a los cuatro ángulos de una casa deshecha. Sobre los pilares se posaban cuatro gruesas vigas. De las vigas pendían cuatro ahorcados negros y rígidos, en el aire parado y mudo. Todo en su derredor era muerto como ellos.

Gordas aves de rapiña dormían elevadas sobre los maderos. Más allá rebrillaba lívidamente el agua muerta de la laguna de las Dueñas. Y, en el cielo, la luna iba grande y llena.

Don Ruy murmuró el padrenuestro debido por todo cristiano a aquellas almas culpadas. Después incitó al caballo, y pasaba, cuando, en el inmenso silencio y en la inmensa soledad, se levantó, resonó una voz, una voz que lo llamaba, suplicante y lenta:

—¡Caballero, detente, ven aquí!…

Don Ruy cogió bruscamente las riendas y, erguido sobre los estribos, lanzó sus ojos espantados por todo el siniestro yermo. Solo divisó el cerro áspero, el agua

rebrillante y muda, los maderos, los muertos. Pensó que había sido ilusión de la noche u osadía de algún demonio errante. Y, serenamente, acicateó el caballo, sin sobresalto o prisa, como en una calle de Segovia. Pero, por detrás, la voz volvió, lo llamó con más urgencia, ansiosa, casi afligida:

—¡Caballero, espera, no te vayas, vuelve, acércate aquí!…

De nuevo don Ruy se paró y, vuelto sobre la montura, encaró audazmente los cuatro cuerpos colgados de las vigas. ¡Del lado de ellos sonaba la voz, que, siendo humana, solo podía salir de forma humana! Uno de esos ahorcados, pues, lo había llamado, con tanta prisa y ansia.

¿Quedaría en alguno, por maravillosa merced de Dios, aliento y vida? ¿O sería que, por mayor maravilla, uno de esos esqueletos medio podridos lo detenía para transmitirle avisos de ultratumba?… Pero que la voz rompiese de un pecho vivo o de un pecho muerto, gran cobardía sería huir, despavorida, sin atenderla y servirla.

Lanzó de inmediato para dentro del cerro al caballo, que temblaba; y, parando, derecho y tranquilo, con su

mano en la ijada, después de mirar, uno por uno, los cuatro cuerpos suspensos, gritó:

—¿Cuál de ustedes, hombres ahorcados, osó llamar a don Ruy de Cárdenas?

Entonces, aquel que estaba de espaldas a la luna llena respondió, desde lo alto de la cuerda, muy quieta y naturalmente, como un hombre que charla desde su ventana hacia la calle:

—Señor, he sido yo.

Don Ruy hizo avanzar al caballo delante de él. No le distinguía el rostro, enterrado en el pecho, escondido por las largas y negras melenas colgantes. Solo comprobó que tenía las manos sueltas y desamarradas, y también sueltos los pies desnudos, ya resecos y del color del betún.

—¿Para qué me quieres?

El ahorcado, suspirando, murmuró:

—Señor, hágame el gran favor de cortar esta cuerda de la que estoy colgado.

Don Ruy arrancó la espada, y de un golpe certero cortó la cuerda medio podrida.

Con un siniestro son de huesos entrechocados el cuerpo cayó al suelo, en donde yació un momento, estirado. Pero inmediatamente se enderezó sobre los pies mal seguros y aún durmientes, y se levantó hacia don Ruy con un rostro muerto, que era una calavera con la piel muy pegada, y más amarilla que la luna que en ella rielaba. Los ojos no tenían movimiento ni brillo. Ambos labios se le abrían en una sonrisa empedernida. Entre los dientes, muy blancos, surgía una punta de lengua muy negra.

Don Ruy no mostró terror, ni asco. Y envainando serenamente la espada:

—¿Tú estás muerto o vivo? —preguntó.

El hombre encogió los hombros con lentitud.

—Señor, no lo sé… ¿Quién sabe lo que es la vida? ¿Quién sabe lo que es la muerte?

—¿Pero qué quieres de mí?

El ahorcado, con los largos dedos descarnados, aflojó el nudo de la cuerda que todavía le rodeaba el cuello y declaró muy serena y firmemente:

—Señor, yo tengo que ir con usted a Cabril, adonde usted va.

El caballero se estremeció con tan fuerte asombro, tirando de las riendas, que su buen caballo se empinó como asombrado también.

—¿Conmigo a Cabril?

El hombre curvó la columna, a la que se le veían todos los huesos, más agudos que los dientes de una sierra, a través de un gran rasgón de la camisa de estameña.

—Señor —suplicó—, no me lo niegue ¡Que yo tengo que recibir un gran salario si le hiciera un gran servicio!

Entonces don Ruy pensó de repente que bien podía ser aquel un ardid formidable del demonio. Y clavando los ojos muy brillantes en el rostro muerto que ante él se levantaba, ansioso, a la espera de su consentimiento, hizo una lenta y larga señal de la cruz.

El ahorcado dobló las rodillas con asustada reverencia:

—Señor, ¿para qué me prueba con esta señal? Solo por ella alcanzamos remisión, y yo solo de ella espero misericordia.

Entonces don Ruy pensó que, si ese hombre no estaba enviado por el demonio, bien podría ser enviado por Dios. E inmediata y devotamente, con un gesto sumiso en el que todo lo entregaba al Cielo, consintió, aceptó al pavoroso compañero:

—¡Ven conmigo, pues, a Cabril, si Dios te manda! Pero yo nada te pregunto y tú nada me preguntes.

Bajó de inmediato el caballo al camino, todo alumbrado por la luna. El ahorcado seguía a su lado, con pasos tan ligeros que, incluso cuando don Ruy galopaba, se conservaba junto al estribo, como llevado por un viento mudo. A veces, para respirar más libremente, estiraba el nudo de la cuerda que le enroscaba el cuello. Y, cuando pasaban entre setos en donde vagaba el aroma de las flores silvestres, el hombre murmuraba con infinito alivio y delicia:

—¡Qué bueno es correr!

Don Ruy iba asombrado, con tormentosos cuidados. Bien comprendía ahora que aquel era un cadáver reanimado por Dios, para un extraño y encubierto servicio.

¿Pero para qué le daba Dios tan horroroso compañero? ¿Para protegerlo? ¿Para impedir que doña Leonor, amada del Cielo por su piedad, cayese en culpa mortal? ¿Y, para tan divina incumbencia de tan alta merced, ya no tenía el Señor ángeles en el Cielo, que necesitaba emplear a un condenado?… ¡Ah! ¡Cómo volvería alegremente las riendas para Segovia, si no fuera la galante lealtad de caballero, el orgullo de nunca retroceder, y la sumisión a las órdenes de Dios, que sentía que pesaban sobre él!…

De un alto del camino, de repente, divisaron Cabril, las torres del convento franciscano apuntando a la luna, el caserío adormecido entre las huertas. Muy silenciosamente, sin que un perro ladrase detrás de las cancelas o encima de los muros, bajaron el viejo puente romano. Ante el Calvario, el ahorcado cayó de rodillas en las losas, levantó los lívidos huesos de las manos, quedó largamente rezando, entre largos

suspiros. Después, al entrar en el sendero, bebió mucho tiempo, y con gran consuelo, de una fuente que corría y cantaba bajo la frondosidad de un sauce. Como el sendero era muy estrecho, él caminaba delante del caballero, completamente curvado, los brazos cruzados fuertemente sobre el pecho, sin un rumor.

La luna estaba alta en el cielo. Don Ruy consideraba con amargura aquel disco, lleno y brillante, que esparcía tanta claridad, y tan indiscreta, sobre su secreto. ¡Ah! ¡Cómo se estropeaba la noche divina! Una enorme luna surgía entre los montes para iluminarlo todo. Un ahorcado bajaba de la horca para seguirlo y saberlo todo. Dios así lo había ordenado. ¡Pero qué tristeza llegar a la dulce puerta, dulcemente prometida, con tal intruso al lado, bajo aquel cielo tan claro!

Bruscamente, el ahorcado se paró, levantando el brazo, del que la manga pendía en harapos. Era el fin del sendero que desembocaba en un camino más ancho y más pisado, y ante ellos se levantaba el largo muro de la finca del señor de Lara, teniendo allí un mirador, con barandillas de piedra, y todo cubierto de hiedras.

—Señor —murmuró el ahorcado, sujetando con respeto el estribo de don Ruy—, pocos pasos después de este mirador está la puerta por la que debe entrar al jardín. Conviene que deje aquí el caballo, amarrado a un árbol, si lo considera seguro y fiel. ¡Que en la empresa en que vamos ya es demasiado el rumor de nuestros pies!…

Silenciosamente, don Ruy se apeó, y prendió el caballo, que sabía fiel y seguro, al tronco de un álamo seco.

Y tan sumiso se había vuelto a aquel compañero impuesto por Dios, que sin más reparo fue siguiendo junto al muro en el que se reflejaba la luz de la luna.

Con vagarosa cautela, y en la punta de los pies desnudos, avanzaba ahora el ahorcado, vigilando el alto muro, sondeando la negrura del seto, parándose a escuchar rumores que solo para él eran perceptibles, porque nunca don Ruy había conocido una noche más hondamente adormecida y muda.

Y tal susto, en quien debía ser indiferente a peligros humanos, fue llenando también lentamente al valeroso caballero de tan viva desconfianza, que sacaba el puñal de la vaina, enrollaba la capa en el brazo, y marchaba en

defensa, con la mirada chispeante, como en un camino de emboscada y pendencia. Así llegaron a una puerta baja, que el ahorcado empujó, y que se abrió sin gemir los goznes. Entraron en una senda ladeada de espesos tejos hasta un estanque lleno de agua, en donde flotaban hojas de nenúfares, y que toscos bancos de piedra circundaban, cubiertos por las ramas de arbustos en flor.

—¡Por allí! —murmuró el ahorcado, extendiendo el brazo desecado.

Era, más allá del estanque, una avenida que densos y viejos árboles abovedaban y oscurecían. Por ella se metieron, como sombras en la sombra, el ahorcado delante, don Ruy siguiendo muy sutilmente, sin rozar una rama, apenas pisando la arena. Un leve hilo de agua susurraba entre el césped. Por los troncos subían rosas trepadoras, que olían dulcemente. El corazón de don Ruy volvió a latir en una esperanza de amor.

—¡Chist! —hizo el ahorcado.

Y don Ruy casi tropezó con el siniestro hombre, que se había parado, con los brazos abiertos como las vigas de una cancela. Ante ellos cuatro peldaños de piedra

subían a una terraza, donde la claridad era amplia y libre. Agachados, treparon por los peldaños, y al fondo del jardín sin árboles, todo él con macizos de flores bien perfiladas, y orladas de murta recortada, divisaron un lado de la casa en el que daba la luna llena. En medio, entre las ventanas con alféizar cerradas, un balcón de piedra, con albahaca en las esquinas, conservaba las vidrieras abiertas, ampliamente. El cuarto, dentro, apagado, era como un agujero de tinieblas en la claridad de la fachada bañada por la luz de la luna. Y, arrimada contra el balcón, estaba una escalera con peldaños de cuerda.

Entonces el ahorcado empujó a don Ruy vivamente desde los peldaños hacia la oscuridad de la avenida. Y allí, con un gesto urgente, dominando al caballero, exclamó:

—¡Señor! ¡Conviene ahora que me dé su sombrero y la capa! Usted se queda aquí en la oscuridad de estos árboles. Yo voy a trepar aquella escalera y espiar aquel cuarto… Si fuera como desea, aquí volveré, y con Dios sea feliz…

Don Ruy retrocedió con horror de que tal criatura subiese a tal ventana. Y de forma obstinada, gritó sordamente:

—¡No, por Dios!

Pero la mano del ahorcado, lívida en la oscuridad, bruscamente le arrancó el sombrero de la cabeza, le quitó la capa del brazo. Y ya se cubría, ya se embozaba, murmurando ahora, en una súplica ansiosa:

—¡No me lo niegue, señor, que si le hiciera gran servicio, ganaré gran dicha! —Y escaló los peldaños: estaba en la alumbrada y ancha terraza.

Don Ruy subió, atontado, y espió. Y, ¡oh maravilla! Era él, don Ruy, todo él en la figura y en las maneras, aquel hombre que, entre los macizos y el mirto recortado, avanzaba, airoso y leve, con la mano en la cintura, el rostro erguido risueñamente hacia la ventana, y la larga pluma escarlata del sombrero balanceándose de triunfo. El hombre avanzaba bajo la espléndida luz de la luna. El cuarto amoroso allí estaba esperando, abierto y negro. Y don Ruy miraba, con ojos que chispeaban, temblando de pasmo y cólera. ¡El hombre había llegado a la escalera: abrió la capa, asentó el pie en el peldaño de cuerda! «¡Oh! ¡Ya sube el maldito!», rugió don Ruy. El ahorcado subía. Ya la alta figura, que era la suya, de don Ruy, estaba en medio de la escalera, toda negra contra la pared blanca.

¡Paró!… ¡No!, no había parado: subía, llegaba, ya sobre el borde del balcón había posado la rodilla cautelosa. Don Ruy miraba, desesperadamente, con los ojos, con el alma, con todo su ser… Y he aquí que, de repente, del cuarto negro surge un negro bulto, una furiosa voz brama: «¡Villano, villano!», ¡y una lámina de daga chispea, y cae, y otra vez se levanta, y rebrilla, y baja, y aún refulge, y aún se embebe!… Como un fardo, desde lo alto de la escalera, pesadamente, el ahorcado cae sobre la tierra blanda. Vidrios, puertas del balcón, inmediatamente se cierran, con fragor. Y no hubo sino el silencio, la serenidad blanda, la luna muy alta y redonda en el cielo de verano.

En un instante, don Ruy había comprendido la traición, había arrancado la espada, retrocediendo hacia la oscuridad de la avenida, cuando, ¡oh maravilla! corriendo a través de la terraza, aparece el ahorcado, que le agarra la manga y le grita:

—¡A caballo, señor, y parta de inmediato, que el encuentro no era de amor sino de muerte!…

Ambos bajan arrebatadamente la avenida, rodean el estanque bajo el refugio de los arbustos en flor, se meten

por la calle estrecha orlada de tejos, traspasan la puerta, y un momento paran, jadeantes, en el camino, en donde la luna, más refulgente, más llena, hacía como un puro día.

¡Y entonces, solo entonces, don Ruy descubrió que el ahorcado conservaba clavada en el pecho, hasta los gavilanes, la daga, cuya punta le salía por la espalda, brillante y limpia! ¡Con esa desesperación corrió entonces por el camino sin fin! En carrera tan violenta el ahorcado ni oscilaba, rígido sobre la grupa, como un bronce en un pedestal. Y a cada momento don Ruy sentía un frío más helador, que le helaba los hombros, como si llevase sobre ellos un saco lleno de hielo. Al pasar el cruce murmuró: «¡Señor, sálveme!». Más allá del cruce, de repente, se estremeció con el quimérico miedo de que tan fúnebre compañero, para siempre, se quedase acompañándolo, y se hiciese su destino galopar a través del mundo, en una noche eterna, llevando un muerto a la grupa… Y no se contuvo, gritó hacia atrás, en el viento de la carrera que los espoleaba:

—¿Para dónde quieres que te lleve?

El ahorcado, acercando tanto el cuerpo a don Ruy que lo lastimó con los gavilanes de la espada, secreteó:

—¡Señor, conviene que me deje en el cerro!

Dulce e infinito alivio para el buen caballero, pues el cerro estaba cerca, y ya le veía, en la claridad desmayada, los pilares y las tinieblas negras… Pronto paró el caballo, que temblaba, blanqueado de espuma.

Enseguida el ahorcado, sin rumor, resbaló de la grupa, sujetó, como buen criado, el estribo de don Ruy. Y con la calavera erguida, la lengua negra más salida entre los dientes blancos, murmuró en respetuosa súplica:

—Señor, hágame ahora el gran favor de colgarme otra vez de mi viga.

Don Ruy se estremeció de horror:

—¡Por Dios! ¿Que te ahorque, yo?…

El hombre suspiró, abriendo los brazos largos:

—¡Señor, por voluntad de Dios es, y por voluntad de aquella que es más querida a Dios!

Entonces, resignado, sumiso a los mandatos de lo Alto, don Ruy se apeó, y comenzó a seguir al hombre,

que subía para el cerro pensativamente, doblando el torso, de donde salía, clavada y brillante, la punta de la daga. Se paran ambos bajo la viga vacía. De las otras vigas pendían los otros esqueletos. El silencio era más triste y hondo que los otros silencios de la tierra. El agua de la laguna se había ennegrecido. La luna bajaba y desfallecía.

Don Ruy consideró la viga en la que quedaba, corto en el aire, el pedazo de cuerda que él había cortado con la espada.

—¿Cómo quieres que te cuelgue? —exclamó—. A aquel pedazo de cuerda no puedo llegar con la mano: ni yo solo basto para izarte.

—Señor —respondió el hombre—, ahí en un rincón debe haber un gran rollo de cuerda. Una punta me la atará a este nudo que traigo en el cuello; la otra punta la echará por encima de la viga, y tirando después, fuerte como es usted, bien me puede ahorcar de nuevo.

Ambos curvados, con pasos lentos, buscaron el rollo de cuerda. Y lo encontró el ahorcado, lo desenrolló… Entonces don Ruy se sacó los guantes. Y enseñado por él (que tan bien lo había aprendido del verdugo) ató una

punta de la cuerda al lazo que el hombre conservaba en el cuello, y lanzó fuertemente la otra punta, que ondeó en el aire, pasó sobre la viga, quedó colgada a ras del suelo. Y el fuerte caballero, juntando los pies, estirando los brazos, tiró, izó al hombre, hasta que se quedó suspenso, negro en el aire, como un ahorcado natural entre los otros ahorcados.

—¿Estás bien así?

Lenta y sumida, vino la voz del muerto:

—Señor, estoy como debo.

Entonces don Ruy, para fijarlo, enrolló la cuerda con vueltas gruesas en el pilar de piedra. Y quitando el sombrero, limpiando con el dorso de la mano el sudor que lo encharcaba, contempló a su siniestro y milagroso compañero. Estaba ya rígido como antes, con el rostro pendido bajo las melenas caídas, los pies inflexibles, todo desgastado y carcomido como un viejo esqueleto. En el pecho conservaba la daga clavada. Por encima, dos cuervos dormían quietos.

—¿Y ahora qué más quieres? —preguntó don Ruy empezando a ponerse los guantes.

Débilmente, desde lo alto, el ahorcado murmuró:

—¡Señor, mucho le ruego ahora que, al llegar a Segovia, se lo cuente todo fielmente a Nuestra Señora del Pilar, vuestra madrina, que de ella espero gran merced para mi alma, por este servicio que, por mandato suyo, hizo mi cuerpo!

Entonces, don Ruy de Cárdenas lo comprendió todo, y, arrodillándose devotamente sobre el suelo de dolor y de muerte, rezó una larga oración por aquel buen ahorcado.

Después galopó hacia Segovia. La mañana clareaba, cuando él traspasó la puerta de San Mauro. En el aire fino las campanas tocaban a maitines. Y entrando en la iglesia de Nuestra Señora del Pilar, todavía con el desaliño de su terrible jornada, don Ruy, de rastros ante el altar, narró a su divinal madrina la ruin intención que lo había llevado a Cabril, el socorro que del Cielo había recibido, y, con calientes lágrimas de arrepentimiento y gratitud, le juró que nunca más pondría su deseo en donde hubiese pecado, ni en su corazón daría entrada a pensamiento que viniese del mundo y del mal.

IV

A esa hora, en Cabril, don Alonso de Lara, con los ojos desencajados de pasmo y terror, escudriñaba todos los senderos, y rincones y sombras de su jardín.

Cuando al alborear, después de escuchar a la puerta de la cámara en donde esa noche había encerrado a doña Leonor, había bajado sutilmente al jardín y no había encontrado, debajo del balcón, junto a la escalera, como deliciosamente esperaba, el cuerpo de don Ruy de Cárdenas, tuvo por cierto que el hombre odioso, al caer, aún con un resto débil de vida, se había arrastrado sangrando y doblándose, en el intento de alcanzar el caballo y salir rápidamente de Cabril… Pero, con aquella rígida daga que tres veces le había enterrado en el pecho, y que en el pecho le había dejado, no se arrastraría el villano por muchos eriales, y en algún rincón debía yacer frío y tieso. Rebuscó entonces en cada camino, en cada sombra, en cada macizo de arbustos. Y ¡oh maravilla! ¡No descubría el cuerpo, ni pisadas, ni tierra que hubiese sido removida, ni siquiera rastro de sangre sobre la tierra! ¡Y, además, con mano hambrienta y certera, tres veces le

había asestado la daga en el pecho, y en el pecho se la había dejado!

¡Y era don Ruy de Cárdenas el hombre al que había matado, que muy bien lo había conocido enseguida, desde el fondo del apagado cuarto desde donde acechaba, cuando él, a la luz de la luna, vino a través de la terraza, confiado, presuroso, con la mano en la cintura, el rostro risueñamente erguido y la pluma del sombrero meneándose en triunfo! ¿Cómo podría ocurrir una cosa tan rara: un cuerpo mortal sobreviviendo a un hierro que tres veces le traspasa el corazón y en el corazón le queda clavado? ¡Y la mayor extrañeza era que ni en el suelo, debajo del balcón, en donde florecía a lo largo del muro una tira de alhelíes y azucenas, había dejado un vestigio aquel cuerpo fuerte, cayendo desde tan alto, pesadamente, inerte, como un fardo! ¡Ni siquiera una flor machacada: todas derechas, exuberantes, con gotas leves de llovizna! Inmóvil de espanto, casi de terror, don Alonso de Lara allí se paraba, considerando el balcón, midiendo la altura de la escalera, mirando desorbitadamente los alhelíes rectos, frescos, sin un tallo u hoja doblados. Después empezaba a correr locamente por la terraza, la avenida, la senda de los tejos, con la esperanza todavía de una

pisada, de una rama partida, de una mancha de sangre en la arena fina.

¡Nada! Todo el jardín ofrecía un inusual arreglo y limpieza nueva, como si sobre él nunca hubiese pasado ni el viento que deshoja, ni el sol que marchita.

Entonces, al atardecer, devorado por la incertidumbre y el misterio, tomó un caballo y, sin escudero o caballerizo, partió hacia Segovia. Curvado y escondidamente, como un forajido, entró en su palacio por la puerta del pomar: y su primer cuidado fue correr a la galería de la bóveda, desatrancar los postigos de las ventanas y espiar ávidamente la casa de don Ruy de Cárdenas. Todas las celosías de la vieja morada del arcediano estaban oscuras, abiertas, respirando el frescor de la noche, y a la puerta, sentado en un banco de piedra, un mozo de caballeriza afinaba perezosamente la bandurria.

Don Alonso de Lara bajó a su cámara, lívido, pensando que no había habido ciertamente desgracia en casa en donde todas las ventanas se abren para refrescar, y en el portón de la calle los mozos huelgan. Entonces tocó las palmas, pidió furiosamente la cena. Y, apenas se había sentado a la mesa, en su alta sede de cuero labrado,

mandó llamar al intendente, a quien ofreció enseguida, con extraña familiaridad, un vaso de vino viejo. Mientras el hombre, de pie, bebía respetuosamente, don Alonso, metiendo los dedos por las barbas y forzando su sombrío rostro a sonreír, preguntaba por las nuevas y rumores de Segovia. En esos días de su estancia en Cabril, ¿ningún caso había creado por la ciudad espanto y admiración?… El intendente limpió los labios, para afirmar que nada había ocurrido en Segovia de lo que anduviese murmuración, a no ser que la hija del señor don Gutiérrez, tan joven y tan rica heredera, había tomado hábito en el convento de las Carmelitas Descalzas. Don Alonso insistía, mirando con ansiedad al intendente. ¿Y no se había organizado una gran pendencia?… ¿No se había encontrado herido, en el camino de Cabril, a un caballero joven, muy hablado?… El intendente encogía los hombros: nada había oído, por la ciudad, de pendencias o de caballeros heridos. Con un gesto desabrido, don Alonso despidió al intendente.

Apenas había cenado, parcamente, enseguida volvió a la galería a acechar las ventanas de don Ruy. Estaban ahora cerradas; en la última, la de la esquina, cintilaba una claridad. Toda la noche, don Alonso veló, rumiando incansablemente el mismo espanto. ¿Cómo había podido

escapar aquel hombre con una daga atravesada en el corazón? ¿Cómo había podido?… Al lucir de la mañana, tomó una capa, un ancho sombrero, bajó al atrio, todo embozado y encubierto, y quedó rondando por delante de la casa de don Ruy. Las campanas tocaban a maitines. Los mercaderes, con los jubones mal abotonados, salían a levantar los postigos de las tiendas, a colgar las tablillas. Ya los hortelanos, picando los burros cargados de espuertas, lanzaban los pregones de hortaliza fresca, y frailes descalzos, con la talega a los hombros, pedían limosna, bendecían a las mozas.

Beatas embozadas, con gruesos rosarios negros, se dirigían golosamente a la iglesia. Después, el pregonero de la ciudad, parándose en un rincón del atrio, tocó una bocina, y con una voz tremenda comenzó a leer un edicto.

El señor de Lara se había parado junto a la fuente, pasmado, como embebido en el cantar de los tres caños de agua. De repente pensó que aquel edicto, leído por el pregonero de la ciudad, se refería quizás a don Ruy, a su desaparición… Corrió a la esquina del atrio, pero ya el hombre había enrollado el papel, y se alejaba

majestuosamente, golpeando en las losas con su vara blanca. Y, cuando se volvía para espiar de nuevo la casa, he aquí que sus ojos atónitos encuentran a don Ruy, ¡el don Ruy que él había matado, y que venía caminando hacia la iglesia de Nuestra Señora, ligero, airoso, el rostro risueño y erguido en el fresco aire de la mañana, con jubón claro, con plumas claras, con una de sus manos posando en la cintura, la otra meneando distraídamente un bastón de borlas y torzal de oro!

Don Alonso se retiró entonces a su casa con pasos arrastrados y envejecidos. En lo alto de la escalinata de piedra, encontró a su viejo capellán, que lo había venido a saludar, y que, entrando con él en la antecámara, después de pedirle, con reverencia, noticias de la señora doña Leonor, le contó enseguida un prodigioso caso, que causaba por la ciudad grave murmuración y espanto. La víspera, por la tarde, yendo el corregidor a visitar el cerro de las horcas, pues se acercaba la fiesta de los Santos Apóstoles, había descubierto, con mucho pasmo y mucho escándalo, ¡que uno de los ahorcados tenía una daga clavada en el pecho! ¿Habría sido gracejo de un pícaro siniestro? ¿Venganza que ni la muerte había saciado?… Y para mayor prodigio todavía, el cuerpo

había sido descolgado de la horca, arrastrado en huerta o jardín (pues presas a los viejos harapos se encontraban hojas tiernas) ¡Y después nuevamente ahorcado y con cuerda nueva!… ¡Y así iba la turbulencia de los tiempos que ni a los muertos se les ahorraban ultrajes!

Don Alonso escuchaba con las manos temblando, los pelos de punta. E inmediatamente, en una ansiosa agitación, vociferando, tropezando contra las puertas, quiso partir, y con sus ojos constatar la fúnebre profanación. En dos mulas enjaezadas con prisa, ambos partieron rápidamente para el cerro de los Ahorcados, él y el capellán arrastrado y aturdido. Numeroso pueblo de Segovia se había juntado allí en el cerro, pasmado ante el maravilloso horror: ¡el muerto al que habían matado!… Todos se arremolinaban ante el noble señor de Lara, que se lanzaba por el cerro arriba; paró la mirada, desencajado y lívido, en el ahorcado y en la daga que le atravesaba el pecho. Era su daga: ¡había sido él el que había matado al muerto!

Galopó despavoridamente hacia Cabril. Y allí se encerró con su secreto, empezando enseguida a palidecer, a extenuarse, siempre apartado de la señora

doña Leonor, escondido por las calles sombrías del jardín, murmurando palabras al viento, hasta que en la madrugada de San Juan, una sierva lo encontró muerto, debajo del balcón de piedra, todo estirado en el suelo, con los dedos clavados en los macizos de alhelíes, en donde parecía haber escarbado hondamente la tierra, y buscado…

V

Para huir de tan lamentables memorias, la señora doña Leonor, heredera de todos los bienes de la Casa de Lara, se recogió en su palacio de Segovia. Pero como ahora sabía que el señor don Ruy de Cárdenas había escapado milagrosamente a la emboscada de Cabril, y como cada mañana, espiando entre las celosías medio cerradas, lo seguía, con ojos que no se cansaban y se humedecían, cuando él cruzaba el atrio para entrar en la iglesia, no quiso ella, con recelo de las prisas e impaciencias de su corazón, visitar a la Virgen del Pilar mientras durase su luto. Después, una mañana de domingo, cuando, en vez de crespones negros, se pudo cubrir de sedas moradas, bajó la escalinata de su palacio, pálida con una emoción nueva y divina, pisó las losas del atrio y traspasó las puertas de la iglesia. Don Ruy de Cárdenas estaba arrodillado delante del altar en donde había dejado su ramo votivo de claveles amarillos y blancos. Al rumor de las sedas finas, levantó los ojos con esperanza muy pura y toda llena de gracia celeste, como si un ángel lo llamase. Doña Leonor se arrodilló, con el pecho jadeante, tan pálida y tan feliz que la cera de las antorchas no era

más pálida, ni más felices las golondrinas que golpeaban sus alas libres por las ojivas de la vieja iglesia.

Ante ese altar, y de rodillas en esas losas, fueron casados por el obispo de Segovia, don Martín, en el otoño del año de gracia de 1475, siendo ya reyes de Castilla Isabel y Fernando, muy fuertes y muy católicos, por quienes Dios produjo grandes hechos sobre la tierra y sobre el mar.


EL TESORO

I

Los tres hermanos de Medranhos, Rui, Guanes y Rostabal, eran entonces, en todo el reino de Asturias, los hidalgos más hambrientos y los más remendados.

En los Pazos de Medranhos, a los que el viento de la sierra había llevado vidrios y tejas, pasaban ellos las tardes de ese invierno, encogidos en sus pellizas de camelote, golpeando las suelas rotas sobre las lajas de la cocina, delante de la vasta chimenea negra, en la que, desde hacía mucho tiempo, no estallaba lumbre ni hervía la cazuela de hierro.

Al oscurecer, devoraban una corteza de pan negro untada con ajo. Después, sin candela, a través del patio, hendiendo la nieve, iban a dormir a la caballeriza, para aprovechar el calor de las tres yeguas lazarosas que, famélicas como ellos, roían las vigas del pesebre. Y la miseria había vuelto a estos señores más bravíos que lobos.

Pero, en primavera, una silenciosa mañana de domingo, andando los tres por la mata de Roquelanes,

espiando pisadas de caza y cogiendo setas entre los robles, mientras las tres yeguas pastaban la hierba fresca de abril, los hermanos de Medranhos encontraron, detrás de un matorral de espinos, en una cueva excavada en la roca, un viejo cofre de hierro. Como si lo resguardase una torre segura, había conservado sus tres llaves en sus tres cerraduras. Sobre la tapa, difícil de descifrar a través de la herrumbre, corría un dístico en letras árabes. Y dentro, hasta los bordes, ¡estaba lleno de doblones de oro!

Entre el terror y el esplendor de la emoción, los tres señores se quedaron más pálidos que cirios. Después, enterrando furiosamente las manos en el oro, reventaron a reír, con una risa de tal ímpetu que las hojas tiernas de los olmos, alrededor, temblaban… Y de nuevo retrocedieron, bruscamente se encararon, con los ojos llameantes, con una desconfianza tan desabrida que Guanes y Rostabal palpaban en sus cinturones los mangos de las grandes facas. Entonces, Rui, que era gordo y pelirrojo y el más despabilado, levantó los brazos, como un árbitro, y empezó por decidir que el tesoro, viniese de Dios o del demonio, pertenecía a los tres, y entre ellos se repartiría, escrupulosamente, pesándose el oro en balanzas. Pero ¿Cómo podrían cargar hasta Medranhos,

en la cima de la sierra, aquel cofre tan lleno? Tampoco convenía que saliesen de la mata con su bien, antes de que cerrase la oscuridad. Por eso él entendía que el hermano Guanes, como más ligero, debía trotar hasta la villa vecina de Retortilho, llevando ya oro en la bolsilla, para comprar tres alforjas de cuero, tres maquilas de cebada, tres empanadas de carne y tres botellas de vino. Vino y carne eran para ellos, que no comían desde la víspera; la cebada era para las yeguas. Y, así repuestos, señores y cabalgaduras ensacarían el oro en las alforjas y subirían para Medranhos, bajo la seguridad de la noche sin luna.

—¡Bien tramado! —gritó Rostabal, hombre más alto que un pino, con largas guedejas y una barba que le caía desde los ojos entreverados de sangre hasta la hebilla del cinturón.

Pero Guanes no se separaba del cofre, arrugado, desconfiado, estirando entre los dedos la piel negra de su cuello de grulla. Por fin, brutalmente:

—¡Hermanitos! El cofre tiene tres llaves… ¡Yo quiero cerrar mi cerradura y llevar mi llave!

—¡También yo quiero la mía, qué rayos! —rugió enseguida Rostabal.

Rui se sonrió. ¡Claro, claro! A cada dueño del oro le cabía una de las llaves que lo guardaban. Y cada uno en silencio, agachado ante el cofre, cerró su cerradura con fuerza. Inmediatamente, Guanes, despejado, saltó en la yegua, enfiló por la vereda de olmos, camino de Retortilho, lanzando a las ramas su cantiga acostumbrada y doliente:

¡Olé! ¡Olé!

Sale la cruz de la iglesia, vestida de negro luto…

II

En el claro, frente al matorral que encubría el tesoro (y que los tres habían desbastado a cuchilladas), un hilo de agua, brotando entre rocas, caía sobre una vasta laja excavada, en la que hacía como un estanque, claro y quieto, antes de filtrarse hacia los herbajes altos. Y al lado, en la sombra de una haya, yacía un viejo pilar de granito, tumbado y musgoso. Allí fueron a sentarse Rui y Rostabal, con sus tremendos espadones entre las rodillas. Las dos yeguas mordisqueaban la buena hierba pintarrajeada de ranúnculos y amapolas. Por el enramado silbaba un mirlo. Un olor errante de violetas endulzaba el aire luminoso. Y Rostabal, mirando al Sol, bostezaba con hambre.

Entonces, Rui, que se había quitado el sombrero y le atusaba las viejas plumas de color morado, empezó a considerar, con su habla discreta y mansa, que Guanes, esa mañana, no había querido bajar con ellos a la mata de Roquelanes. ¡Y así era la suerte ruin! ¡Porque si Guanes se hubiese quedado en Medranhos, tan solo ellos dos hubieran descubierto el cofre, y tan solo entre ellos dos

se repartiría el oro! ¡Qué pena! Tanto más que la parte de Guanes sería en breve disipada con rufianes, a los dados, por las tabernas.

—¡Ah, Rostabal, Rostabal! ¡Si Guanes, paseando por aquí él solito, hubiese encontrado este oro, no lo dividiría con nosotros, Rostabal!

El otro refunfuñó sordamente y con furor, tirando de sus barbas negras:

—¡No, qué rayos! Guanes es ambicioso… ¡Cuando el año pasado, si te acuerdas, le ganó los cien ducados al espadero de Fresno, ni siquiera me quiso prestar tres para comprarme un jubón nuevo!

—¿Lo ves? —gritó Rui, resplandeciendo.

Ambos se habían levantado del pilar de granito, como llevados por la misma idea, que los deslumbraba. Y, a través de sus largas pisadas, las hierbas altas silbaban.

—¿Y para qué? —proseguía Rui—. ¿Para qué le sirve todo el oro que nos lleva? ¿Tú no lo oyes de noche, cómo tose? Alrededor de la paja en que duerme, todo

el suelo está negro de la sangre que escupe. ¡No dura hasta las otras nieves, Rostabal! Pero hasta entonces habrá dilapidado unos buenos doblones que debían ser nuestros, para que levantásemos nuestra casa, y para que tú tuvieses caballos, y armas, y trajes nobles, y tu tercio de solariegos, como compete a quien es, como tú, el mayor de los de Medranhos…

—¡Pues que muera, y muera hoy! —gritó Rostabal.

—¿Quieres?

Vivamente, Rui había sujetado el brazo de su hermano y apuntaba hacia la vereda de olmos, por donde Guanes había partido canturreando:

—Más adelante, al final del sendero, hay un buen sitio, en los zarzales. Y has de ser tú, Rostabal, que eres el más fuerte y el más diestro. Un golpe de punta por la espalda. Y es justicia de Dios que seas tú, que muchas veces, en las tabernas, sin pudor, Guanes te llamaba «cerdo» y «torpe», porque no sabías de letras ni de números.

—¡Malvado!

—¡Ven!

Fueron. Ambos se emboscaron por detrás de un zarzal que dominaba el atajo, estrecho y pedregoso como un lecho de torrente. Rostabal, agazapado en la valla, ya tenía la espada desnuda. Un viento leve pasó un escalofrío en la cuesta a las hojas de los álamos, y sintieron el leve repicar de las campanas de Retortilho. Rui, rascándose la barba, calculaba las horas por el Sol, que ya se inclinaba hacia las sierras.

Una bandada de cuervos pasó sobre ellos, graznando. Y Rostabal, que les había seguido el vuelo, volvió a bostezar de nuevo, con hambre, pensando en las empanadas y en el vino que el otro traía en las alforjas.

¡En fin! ¡Alerta! Era, en la vereda, la cantiga doliente y ronca lanzada a las ramas:

¡Olé! ¡Olé!

Sale la cruz de la iglesia, toda vestida de negro…

Rui murmuró: «¡En la ijada! ¡En cuanto pase!». El trote menudo de la yegua golpeaba el cascajo, la pluma de un sombrero flameó roja sobre la punta de las zarzas.

Rostabal irrumpió de entre la zarza por una brecha, sacó el brazo, la larga espada, y toda la lámina se embebió blandamente en la ijada de Guanes, cuando, al rumor, bruscamente, él se había girado en la montura. Con un ímpetu sordo, cayó de lado sobre las piedras. Ya Rui se lanzaba a los frenos de la yegua; Rostabal, cayendo sobre Guanes, que jadeaba, le clavó de nuevo la espada, agarrada por la hoja como un puñal, en el pecho y en la garganta.

—¡La llave! —gritó Rui.

Y, arrancada la llave del cofre al seno del muerto, ambos se largaron por la vereda: Rostabal delante, huyendo, con la pluma del sombrero rota y torcida, la espada todavía desnuda apretada bajo el brazo, todo encogido, horripilado con el sabor de la sangre que le había llegado a la boca; Rui, detrás, tiraba desesperadamente de los frenos de la yegua, que, las patas hincadas en el suelo pedregoso, mostrando su larga dentadura amarilla y saliente, no quería dejar a su amo así, estirado, abandonado, a lo largo de los setos.

Tuvo que espolearle las ancas escuálidas con la punta de la espada, y corriendo sobre ella, la lámina alta, como

si persiguiese a un moro, desembocó en el claro en donde el sol ya no doraba las hojas. Rostabal había tirado a la hierba el sombrero y la espada; e, inclinado sobre la laja excavada en tanque, arremangado, lavaba ruidosamente la cara y las barbas.

La yegua, quieta, empezó a pastar otra vez, cargada con las alforjas nuevas que Guanes había comprado en Retortilho. De la más ancha, abarrotada, surgían dos cuellos de botella. Entonces, Rui sacó, lentamente, del cinto su gran navaja. Sin un rumor en la hierba espesa, se deslizó hasta Rostabal, que resollaba, con sus largas barbas pingando. Y, serenamente, como si clavase una estaca en un macizo, enterró toda la hoja en el ancho dorso doblado, certera sobre el corazón.

Rostabal cayó sobre el estanque, sin un gemido, con el rostro en el agua, los largos cabellos flotando en el agua. Su vieja escarcela de cuero se había quedado presa bajo su muslo. Para sacar de dentro la tercera llave del cofre, Rui levantó el cuerpo, y una sangre más gruesa chorreó, escurrió por el borde del estanque, humeando.

III

¡Ahora eran suyas, solo suyas, las tres llaves del cofre!… Y Rui, estirando los brazos, respiró deliciosamente. Apenas cayese la noche, con el oro metido en las alforjas, guiando la fila de las yeguas por los caminos de la sierra, subiría a Medranhos y enterraría su tesoro en la bodega. Y cuando, allí en la fuente, y allá junto a los zarzales, solo quedasen, bajo las nieves de diciembre, algunos huesos sin nombre, él sería el magnífico señor de Medranhos, y en la capilla nueva del solar renacido mandaría decir ricas misas por sus dos hermanos muertos… ¿Muertos cómo? Como deben morir los de Medranhos: ¡luchando contra el Turco!

Abrió las tres cerraduras, cogió un puñado de doblones y los hizo tintinear sobre las piedras. ¡Qué oro tan puro, de finos quilates! ¡Y era su oro! Después fue a comprobar la capacidad de las alforjas, y, encontrando las dos botellas de vino y un gordo capón asado, sintió un hambre atroz. Desde la víspera solo había comido una tajada de pescado seco. ¡Y cuánto tiempo sin probar un capón!

¡Con qué gusto se sentó en la hierba, con las piernas abiertas, y entre ellas el ave dorada, que olía a gloria, y el vino de color ámbar! ¡Ah! Guanes había sido buen mayordomo, ni siquiera se había olvidado de las aceitunas. ¿Pero por qué había traído, para tres comensales, solo dos botellas? Cortó un ala del capón: la devoraba a grandes dentelladas. La tarde caía, pensativa y dulce, con pequeñas nubes de color rosa. Más allá, en la vereda, graznaba una bandada de cuervos. Las yeguas, hartas, dormitaban, con el hocico pendido. Y la fuente cantaba, lavando al muerto.

Rui elevó a la luz la botella de vino. Con aquel color viejo y caliente, no habría costado menos de tres maravedíes. Y, llevando el cuello a la boca, bebió con sorbos lentos, que hacían ondular su pescuezo peludo. ¡Oh vino bendito, que tan prontamente calentaba la sangre! Tiró la botella vacía, destapó otra. Pero, como era prudente, no bebió, porque la jornada a la sierra, como el tesoro, requería firmeza y acierto. Extendido sobre el codo, descansando, pensaba en Medranhos cubierto de teja nueva, en las altas llamas de la chimenea en noches de nieve, y en su lecho con brocados, en el que siempre tendría mujeres.

De repente, tomado de una ansiedad, tuvo prisa en cargar las alforjas. Entre los troncos, la sombra se hacía más densa. Acercó una de las yeguas junto al cofre, levantó la tapa, tomó un puñado de oro… Pero osciló, soltando los doblones, que tintinearon en el suelo, y llevó las dos manos angustiadas al pecho. ¿Qué ocurre, don Rui? ¡Rayos de Dios! Era un fuego, un fuego vivo, que se le había encendido dentro, subiéndole hasta la garganta. Ya se había rasgado el jubón, sus pasos eran inciertos, y, jadeante, con la lengua colgando, limpiaba las gruesas gotas de un sudor horrendo que lo dejaba helado como la nieve. ¡Oh madre mía! ¡Otra vez el fuego, más fuerte, que lo lastraba, que lo roía! Gritó:

—¡Socorro! ¡Alguien! ¡Guanes! ¡Rostabal!

Sus brazos torcidos golpeaban el aire desesperadamente. Y la llama, dentro, trepaba: sentía los huesos estallarle como las vigas de una casa ardiendo.

Se tambaleó hasta la fuente para apagar aquella llamarada, tropezó sobre Rostabal, y con la rodilla apoyada en el muerto, arañando la roca, entre aullidos, buscaba el hilo de agua, que recibía sobre los ojos, sobre el cabello. Pero el agua lo quemaba más, como si fuese

un metal derretido. Retrocedió, cayó encima del césped, que arrancaba a puñados y que mordía, mordiéndose los dedos, para chupar su frescura. Aun se levantó, con una baba densa escurriéndole por las barbas; y, de repente, desencajando pavorosamente los ojos, berreó como si comprendiese en fin la traición, todo el horror:

—¡Es veneno!

¡Oh! Don Rui, el listo, ¡era veneno! Porque Guanes, tan pronto como había llegado a Retortilho, antes incluso de comprar las alforjas, a toda prisa, y cantando, se dirigió a una callejuela, por detrás de la catedral, para comprarle al viejo droguista judío el veneno que, mezclado con el vino, lo convertiría a él, y solamente a él, en dueño de todo el tesoro.

Anocheció. Dos cuervos, de entre la bandada que graznaba allá en los zarzales, ya se habían posado sobre el cuerpo de Guanes. La fuente, cantando, lavaba al otro muerto. Medio enterrado en la hierba negra, todo el rostro de Rui se había vuelto negro. Una estrellita centelleaba en el cielo.

El tesoro todavía se encuentra allí, en la mata de Roquelanes.

EL AYA

Érase una vez un rey, joven y valiente, señor de un reino abundante en ciudades y cosechas, que partía a batallar por tierras distantes, dejando solitaria y triste a su reina y a un hijo chiquitín, que todavía vivía en su cuna, envuelto en sus fajas.

La luna llena que lo viera marchar, llevado en su sueño de conquista y de fama, empezaba a menguar, cuando uno de sus caballeros apareció, con las armas rotas, negro de la sangre seca y del polvo de los caminos, trayendo la amarga nueva de una batalla perdida y de la muerte del rey, traspasado por siete lanzas entre la flor de su nobleza, a la orilla de un gran río.

La reina lloró magníficamente al rey. Lloró, además, desoladamente al esposo, que era hermoso y alegre. Pero, sobre todo, lloró ansiosamente al padre que así deja al hijito desamparado, en medio de tantos enemigos de su frágil vida y del reino que sería suyo, sin un brazo que lo defendiese, fuerte por la fuerza y fuerte por el amor.

De esos enemigos, el más temeroso era su tío, hermano bastardo del rey, hombre depravado y bravío, consumido por groseras codicias, deseando la realeza tan solo por sus tesoros, y que hacía años que vivía en un castillo en

los montes, con una horda de rebeldes, como lobo que, desde su atalaya, en su foso, espera la presa. ¡Ay, la presa ahora era aquella criaturita, rey que aún mamaba, señor de tantas provincias, y que dormía en su cuna con un sonajero de oro en la mano cerrada!

A su lado, otro niño dormía en otra cuna. Pero este era un esclavito, hijo de la bella y robusta esclava que amamantaba al príncipe. Ambos habían nacido en la misma noche de verano. El mismo pecho los criaba. Cuando la reina, antes de adormecerse, se acercaba a besar al principito, que tenía el cabello rubio y fino, besaba también por amor suyo al esclavito, que tenía el cabello negro y crespo. Los ojos de ambos relucían como piedras preciosas. Solo que la cuna de uno era magnífica y de marfil entre brocados, y la cuna del otro, pobre y de mimbre. La leal esclava, sin embargo, a ambos dedicaba igual cariño, porque si uno era su hijo, el otro sería su rey.

Nacida en aquella casa real, tenía por pasión, por religión, a sus señores. Ningún llanto correría más sentidamente que el suyo por el rey muerto a la orilla del gran río.

Pertenecía, por lo demás, a una raza que cree que la vida de la Tierra se continúa en el Cielo. El rey, su amo, seguramente ya estaría ahora reinando en otro reino, más allá de las nubes, abundante también en cosechas y ciudades. Su caballo de batalla, sus armas, sus pajes, habían subido con él a las alturas. Sus vasallos, según fuesen muriendo, prontamente irían en ese reino celeste a retomar en torno a él su vasallaje. Y ella, un día, a su vez, remontaría en un rayo de luz para habitar el palacio de su señor, e hilar de nuevo el lino de sus túnicas, y encender de nuevo la cazoleta de sus perfumes; sería en el Cielo como había sido en la Tierra, y feliz en su servidumbre.

¡Pero, además, también ella temblaba por su principito! ¡Cuántas veces, con él colgado al pecho, pensaba en su fragilidad, en su larga infancia, en los años lentos que correrían antes de que él fuese al menos del tamaño de una espada, y en aquel tío, cruel, de rostro más oscuro que la noche y corazón más oscuro que el rostro, hambriento del trono y acechando desde la cima de su roquedo entre los alfanjes de su horda! ¡Pobre principito de su alma! Con una ternura mayor lo apretaba entonces en los brazos. Pero si su hijo parloteaba al lado, sus brazos corrían hacia él con un ardor más feliz. Ese, en su

indigencia, nada tenía que temer de la vida. Desgracias, asaltos de la suerte mala, nunca lo podrían dejar más desnudo de las glorias y bienes del mundo de lo que ya estaba allí, en su cuna, bajo el pedazo de lino blanco que resguardaba su desnudez. La existencia, en verdad, era para él más preciosa y digna de ser conservada que la de su príncipe, porque ninguno de los duros cuidados que ennegrecen el alma de los señores rozaría siquiera su alma libre y sencilla de esclavo. Y, como si lo amase más por aquella humildad dichosa, cubría su cuerpecito gordo de besos pesados y devoradores: de los besos que se hacían leves sobre las manos de su príncipe.

Sin embargo, un gran temor llenaba el palacio, en donde ahora reinaba una mujer entre mujeres. El bastardo, el hombre de rapiña que erraba en la cima de las sierras, había bajado a la llanura con su horda, y ya a través de caseríos y aldeas felices iba dejando un surco de matanza y de ruinas. Las puertas de la ciudad se habían asegurado con cadenas más fuertes. En las atalayas ardían fuegos más altos. Pero a la defensa le faltaba la disciplina viril. Una roca no gobierna como una espada. Toda la nobleza fiel había perecido en la gran batalla. Y la desventurada reina tan solo sabía correr a cada instante

a la cuna de su pequeño y llorar sobre él su flaqueza de viuda.

Solamente el ama leal parecía segura: como si los brazos en que estrechaba a su príncipe fuesen murallas de una ciudadela que ninguna audacia puede transponer.

Pero una noche, noche de silencio y oscuridad, cuando se iba a dormir, habiéndose desvestido, ya en su catre, entre sus dos niños, adivinó, más que sintió, un corto rumor de hierro y de pendencia, lejos, a la entrada de los vergeles reales. Envuelta a toda prisa en un paño, estirando los cabellos hacia atrás, escuchó ansiosamente. En la tierra enarenada, entre los jazmines, corrían pasos pesados y rudos. Hubo después un gemido, un cuerpo cayendo indolente, sobre losas, como un fardo. Corrió con violencia la cortina. Y allá, al fondo de la galería, avistó hombres, un resplandor de linternas, brillos de armas… En un momento lo comprendió todo: ¡El palacio sorprendido, el bastardo cruel que venía a robar, a matar a su príncipe! Entonces, rápidamente, sin una vacilación, sin una duda, arrebató al príncipe de su cuna de marfil, lo lanzó a la pobre cuna de mimbre, y sacando a su hijo de la cuna servil, entre besos desesperados, lo acostó en la cuna real, que cubrió con un brocado.

Bruscamente, un hombre enorme, de rostro llameante, con un manto negro sobre la cota de malla, surgió en la puerta de la cámara, entre otros, que levantaban linternas. Miró, corrió a la cuna de marfil en la que lucían los brocados, arrancó al niño, y, ahogando sus gritos en el manto, partió apresurada y furiosamente.

El príncipe dormía en su nueva cuna. El ama se había quedado inmóvil en el silencio y la tiniebla.

Pero bramidos de alarma, de repente, atronaron el palacio. Por las cristaleras se percibió el luengo llamear de las antorchas. Los patios resonaban con el golpe de las armas. Y desgreñada, casi desnuda, la reina invadió la cámara, entre las ayas, gritando por su hijo. Al ver la cuna de marfil, con las ropas en desorden, vacía, cayó sobre las losas, en un llanto, destrozada. Entonces, callada, muy lenta, muy pálida, el ama descubrió la pobre cuna de mimbre… Allí estaba el príncipe, quieto, adormecido, en un sueño que lo hacía sonreír y le iluminaba todo el rostro entre sus cabellos de oro. La madre cayó sobre la cuna, con un suspiro, como cae un cuerpo muerto.

En ese instante, un nuevo clamor estremeció la galería de mármol. Era el capitán de la guardia, su gente fiel. En

sus clamores había, sin embargo, más tristeza que triunfo. ¡El bastardo había muerto! Capturado entre el palacio y la ciudadela al escapar, machacado por la fuerte legión de arqueros, había sucumbido, él y veinte de su horda. Su cuerpo allí había quedado, con flechas en el flanco, en una poza de sangre. ¡Pero, ay, dolor sin nombre! ¡El cuerpecito tierno del príncipe allí había quedado también, envuelto en un manto, ya frío, lívido aún de las manos feroces que lo habían estrangulado!… Así, tumultuosamente, lanzaban la nueva cruel los hombres de armas, cuando la reina, deslumbrada, con lágrimas entre risas, levantó en sus brazos, para enseñárselo, al príncipe, que había despertado.

Fue un asombro, una aclamación. ¿Quién lo había salvado? ¿Quién? ¡Allí estaba junto a la cuna de marfil vacía, muda y yerta, la que lo había salvado! ¡Sierva sublimemente leal! Fue ella la que, para conservar la vida a su príncipe, mandó a la muerte a su hijo… Entonces, solo entonces, la madre dichosa, emergiendo de su alegría extática, abrazó apasionadamente a la madre dolorosa, y la besó, y le llamó hermana de su corazón… Y de entre aquella multitud que se apretaba en la galería vino una nueva, ardiente aclamación, con súplicas de que fuese

recompensada, magníficamente, la sierva admirable que había salvado al rey y al reino.

¿Pero cómo? ¿Qué bolsas de oro podrían pagar un hijo? Entonces un viejo de casta noble sugirió que la llevasen al tesoro real, y escogiese de entre esas riquezas, que eran las mayores de la India, todas cuantas su deseo apeteciese…

La reina tomó la mano de la sierva. Y sin que su rostro de mármol perdiese la rigidez, con andares de muerta, como en un sueño, así fue conducida a la cámara de los tesoros. Señores, ayas, hombres de armas, seguían con un respeto tan conmovido que apenas se oía el rozar de las sandalias en las losas. Las macizas puertas del tesoro rodaron lentamente. Y cuando un siervo desatrancó las ventanas, la luz de la madrugada, ya clara y rosácea, entrando por las rejas de hierro, prendió un maravilloso y chispeante incendio de oro y pedrerías. Del suelo de roca hasta las sombrías bóvedas, por toda la cámara, relucían, centelleaban, refulgían los escudos de oro, las armas marqueteadas, los montones de diamantes, las pilas de monedas, los largos hilos de perlas, todas las riquezas de aquel reino, acumuladas por cien reyes durante veinte

siglos. Un largo «¡Ah!», lento y maravillado, pasó sobre la turba y enmudeció. Después se hizo un silencio ansioso. Y en medio de la cámara, envuelta en un precioso fulgor, el ama no se movía… Apenas sus ojos, brillantes y secos, se habían levantado hacia aquel cielo que, más allá de las rejas, se teñía de rosa y de oro. Era allí, en ese cielo fresco y de madrugada, donde estaba ahora su niño. ¡Estaba allí, y ya el sol se levantaba, y era tarde, y su niño seguramente lloraba, y buscaba su pecho!… Entonces, el ama sonrió y alargó la mano. Todos seguían, sin respirar, aquel lento mover de su mano abierta. ¿Qué joya maravillosa, qué hilo de diamantes, qué puñado de rubíes iba a escoger?

El ama extendió la mano, y sobre un escabel aledaño, de un manojo de armas, agarró un puñal. Era el puñal de un viejo rey, todo tachonado de esmeraldas, y que valía una provincia.

Había agarrado el puñal, y con él apretado fuertemente en la mano, apuntando hacia el cielo, donde subían los primeros rayos de sol, encaró a la reina, a la multitud, y gritó:

—¡He salvado a mi príncipe, y ahora voy a dar de mamar a mi hijo! Y se clavó el puñal en el corazón.

“Toda su vida se convirtió entonces en un largo quejido por sentir tan fría e inhumana a aquella mujer, única entre las mujeres, que había cautivado y vuelto tan serio su corazón ligero y errante...

Colección
Lima Lee

